

culturalismo, preocupación por los aspectos formales y por el idioma, y la conjunción entre tradición y modernidad.

Culturalismo. La amplia formación y conocimiento de otras poéticas por parte de los poetas de los ochenta trajo un aire fresco a la poesía gallega y supuso un paso muy importante, ya que creemos que por primera vez nuestra poética logra estar, de forma global, a la altura de otras expresiones poéticas escritas en otras lenguas, con las que dialoga de igual a igual. No se mira únicamente lo que ocurre en la poesía escrita en castellano, sino que sus preferencias se dirigen hacia escritores clásicos y modernos de otras literaturas: portugueses –ignorados u olvidados durante tanto tiempo– como Fernando Pessoa, Eugenio de Andrade, António Ramos Rosa, Herberto Helder, Nuno Júdice, Ruy Belo, António Osorio–, italianos, ingleses, franceses, alemanes, etc.

Con frecuencia encontramos referencias musicales, pictóricas y de pensamiento, pero que en ningún momento restan autenticidad –verosimilitud– al poema; no se trata de un culturalismo frío y distante, sino de una forma plural de ver las artes, diferenciadas en cuanto a su expresión, pero tremendamente intertextualizadas; esto es que hay un mismo pensamiento que se formaliza en distintos discursos: poético, pictórico, escultórico, cinematográfico. De ahí esa necesidad de recurrencia múltiple a otras manifestaciones artísticas.

Preocupación por los aspectos formales. No sólo existe preocupación por la métrica –verso noble: endecasílabo, alejandrino, y por la estrofa, especialmente significativa en algunos poetas como Xavier R. Baixeras, Román Raña Lama, Millán Picouto o la soberbia construcción palindrómica de *A torre da derrotA* (1992) de Gonzalo Navaza–, sino también por la composición del poema, disposición de la palabra, estructura rítmica y artificios retóricos, elementos todos ellos que denotan formación, oficio, elaboración y sabiduría poética, pero sin caer en un formalismo frío y distante. El texto conserva todo su calor humano.

Preocupación por el idioma. En el tímido proceso de normalización lingüística que inició Galicia, ellos están contribuyendo, por una parte, a la práctica monolingüe y, por otra parte, quizás la más importante, porque están creando –fijando– una lengua literaria –poética– con características propias, lo que lleva consigo una investigación idiomática, fenómeno al que no son ajenas otras parcelas de la creación literaria, de la investigación lingüística y del pensamiento.

Tradición y modernidad. Quizás ésta sea una de las características más acusadas. Lejos estamos de los pronunciamentos rupturistas de otros momentos; ser modernos (y ellos apuestan abiertamente por la moderni-

dad, modernización) supone saber aprovechar –aprehender– las enseñanzas de la tradición. Saben, como nos recordaba Ezra Pound, que «Tradición no significa ataduras que nos ligan al pasado: es algo bello que nosotros conservamos» (Ezra Pound, *Ensayos literarios*. Barcelona: Laia/Monte Ávila: 1989). De ahí que busquen y se formen en los grandes maestros gallegos y foráneos de todos los tiempos: clásicos antiguos y modernos, medievales y barrocos, románticos y simbolistas, tradicionales y vanguardistas. Nos encontramos delante de unos poetas de profundas, selectas y amplias lecturas.

Propuestas temáticas. Cuando nos acercamos a la obra de los poetas de los ochenta y la comparamos con la poesía aparentemente predominante de los años sesenta y primeros setenta, lo que más nos llama la atención es el cambio de formulación de voz. Es decir, hay un paso del enunciado plural (nosotros: de la poesía social) a un enunciado desde el yo, individualista, pero siempre, eso sí, manteniendo una actitud ética, de identidad y asunción de los problemas de la tribu. La poesía no es un arma, pero sí pensamos que creen que es un acto moral, como una y otra vez nos recuerdan Manuel Rivas o Ramiro Fonte en *Mínima moralidade*(1998) o Xavier R. Baixeras en *Beira Norte*(1997).

Entre las líneas temáticas predominantes en el discurso poético gallego de estos años creo que se pueden percibir muy diáfanas las siguientes:

Amor y sensualidad. Ciertamente el amor tiene una presencia notoria en muchos poemarios de Claudio Rodríguez Fer –amor y erotismo–; en los primeros libros de Miguel Anxo Fernán-Vello; en poemarios de Xulio L. Valcárcel, especialmente en *Memoria de agosto*(1993); o en *O lume branco*(1991) de Xosé María Álvarez Cáccamo. Muy relacionado con lo erótico está lo sensual; de una forma general podemos decir que hay, por parte de los poetas de los ochenta, una reflexión sobre una sensualidad que se recrea en la ternura y en este sentido están situándose en una tradición que viene de la lírica gallego-portuguesa medieval –las fuentes, los ciervos, las olas–, que se conserva en las cantigas populares y que aflora con fuerza en autores gallegos contemporáneos: Rosalía de Castro, Álvaro Cunqueiro, Ricardo Carballo Calero o X.L.Méndez Ferrín.

El tiempo, el paso del tiempo. Conscientes de la finitud del ser, de la condición terrenal que nos acompaña, asumen este estado sabiendo que «Xa o máis puro foi feito para tránsito», como nos recuerda Xohana Torres en su libro *Estacións ao mar*(1980). La marca de la temporalidad está muy presente en muchísimos poemarios y algunos aparecen connotados desde su propio título: *As certezas do clima*(1996) de Miguel Anxo Fernán-Vello, *Calendario perpetuo*(1997) de X.M.Álvarez Cáccamo, *Os días olvida-*

dos(1985) de Eusebio Lorenzo Baleirón o *Solaina da ausencia*(1987) de Xulio L. Valcárcel.

La muerte. Ya entendida como fin, destrucción o autodestrucción, o bien como agonía –en el sentido etimológico–, la muerte es otra presencia temática que muy frecuentemente va asociada con el tema del tiempo y a veces con el del amor.

La presencia de la naturaleza. Es éste un tema de gran dimensión y calado en la lírica gallega desde la poesía de los *Cancioneiros* medievales, pasando por la poesía del siglo XIX y cobrando más fuerza, si cabe, en la del siglo XX; autores como Aquilino Iglesia Alvariño, Xosé María Díaz Castro, Manuel María, Uxío Novoneyra son muestras bastante significativas. Algunos de los poetas de los ochenta retoman esta tradición: mar, rías, flora, fauna, montes, picos, llanuras, que muchas veces cobran dimensión cósmica e incluso erótica.

Carácter elegíaco. En total consonancia con el paso de la voz individual, que se opera en la poesía gallega nueva, nos encontramos con una gran presencia de lo vivencial-existencial, de lo autobiográfico, respondiendo a un afán de comunicación de la voz de la experiencia, que reviste un carácter elegíaco. *Visitantes* (1991) de Xavier R. Baixeras, *Livro das devoracións* (1996) de Pilar Pallarés, *Das últimas mareas* (1994) de Ana Romaní o *Luz do mediodía* (1995) de Ramiro Fonte, serían algunos ejemplos.

Epicidad, civismo. Lo que llevamos dicho podría llevar a pensar que la temática civico-social-reivindicativa está ausente de las preocupaciones de estos autores; sin embargo, esto no es así: hay un buen número de poetas en los que se manifiesta con gran pujanza: Xesús M. Valcárcel, Millán Picouto, Darío Xohán Cabana, X. Antón L. Dobao....Lógicamente son muy distintos los planteamientos de estos poetas si los comparamos con los de los poetas sociales de los años sesenta y primeros setenta: hay una mayor exigencia y un mayor rigor formal, son poemas menos directos, más sugerentes y plurisignificativos.

Reflexividad escritural, metapoésía. La poesía como tema. En un cierto carácter reflexivo que quiero leer en los versos de estos poetas, existe una constante referencia a la actividad creadora, entendida como liberación o angustia, sensación de vacío, herida o aflicción del verso, como posesión.

Todas estas propuestas temáticas se van a ver pautadas a nivel estilístico en una gran variedad de registros: desde el más decorativo y ampuloso hasta el que tiende a un cierto minimalismo, desde la negación total hasta la afirmación y el arraigo vital más pleno, desde un estilo y forma clásica hasta un lenguaje roto y esquinado, como es el de Pilar Pallarés y Eusebio Lorenzo Baleirón.